

todo. *Antígona*: el nombre no basta. Yo soñaba, sin embargo, con extrañas luces: tu voz contra la mía, apoyada en el silencio de lo indefinido, allá donde nada empieza, donde nada termina, donde el presente asume su posibilidad de ser, con su violencia, su fuerza, su luz, con lo propio de su vida. ¿Me comprendes, *Antígona*?

No, no me comprendes. O más exactamente, te niegas a comprender. Lo que aún es posible, lo sabes, pero lo rechazas. Lo arrojas lejos de ti, como algo deleznable. ¿Por qué? ¿Sólo porque eres *Antígona*? ¿Sólo porque soy *Edipo*?

¿Y los otros, *Antígona*? ¡Los que ahora te acechan con sus pobres ademanes de payasos sanguinarios! ¡Con su manía de amor, de sacrificio, de virtud, con su patria y su religiosidad (ha de ser así y así, y de ningún otro modo)!

¿Y sus caras? Caras de miserables, de impotentes que se aferran a ese amor, a esa patria, a esa honra. ¿También a eso, *Antígona*, a eso que no representa nada, has de ofrecer el auxilio de tu estela? ¿Y qué auxilio? ¿Qué estela? No la veía trazada por el desenfreno de las violencias infernales, prófugas de lo ignoto, sino «el camino recto», «el camino puro», ¡el camino de la mentira eternizada por falta de imaginación!

Antígona, ¡cuánto te amé en aquel tiempo! Si aún sufro ahora, si aún soy capaz de sufrir, es sólo porque me empeño en rechazar un mundo sin diversidad. Pero yo sé que hay algo más, *Antígona*, y que bastaría con un poco de amor...

* * *

Esta noche escucho las palabras que pronuncian *Ismena* y *Antígona*. Hablan con calma, no tienen pasado ni futuro, están unidas como los hilos que van y vienen formando la trama del telar. Por un instante, tal vez se hayan olvidado de mí. Impasibles, sus voces encubren la noche de un velo indescifrable.

* * *

¡Pero los hechos tienen que estallar!

En la aspereza del mediodía, un rumor de armas y caballos.

Antígona, que imagino muy pálida, súbitamente en pie.

A mi lado, *Ismena*.

Ha entrado. Está frente a mí. La guardia le espera en la puerta. Me toma de la mano y se pone a hablar. Expone metáforas vibrantes. Insiste. Un pesado silencio cae sobre mí: masa compacta, informe, que se

organiza poco a poco. La siento nacer en lo más recóndito de mi ser. En lo más terrible del ser único. Ha cesado de hablar. Sigo escuchando: imperceptible, el roce de los dedos de mi hija contra el tejido de sus ropas. Ni los caballos se mueven. Fuera, el sol dando en el rostro polvoriento de los hombres.

¿A qué hablar? Polinicio, lo que pudiera decirte, sé que no lo entenderías... Lo que eres, lo que a cada instante vas siendo, la luz que vienes moviendo, la tempestad que estás preparando, no, Polinicio, nada de eso que justifique nada. Ya no sé lo que te dicho; nunca he sabido lo que me preguntabas, atento a mi propio silencio.

Más tarde oí el roce de los dedos de Antígona en la tela del vestido. Yo no quería decir nada y, sin embargo..., la voz dentro de mí, la voz fuera de mi silencio, un tumulto, la última fuerza de mi tumulto..., y creo que grité...

Polinicio, lo que he podido gritarte no tiene importancia. No provenía de mí. Mas ¿quién me creará? Provenía del Edipo actor, del viejo Edipo, irritado, defensor de una causa inaudible, indiscutible, y sin remordimiento alguno. Una causa exterior, una causa ausente.

* * *

Ve, Polinicio; ve a morir con tu hermano bajo los muros de Tebas. De la muchedumbre atenta a vuestra lucha surgirán clamores de contradicción y de angustia. Creerán darse importancia ayudando con sus jadeos los movimientos tumultuosos de vuestros cuerpos. Hasta que brote la sangre. Entonces brotará el grito y, frente a Tebas, las tropas emprenderán su lenta retirada. En las murallas, la muchedumbre sin aliento aullará como la hiena, y Creón alzaré las palmas de las manos hacia el sol agonizante. El que recita por las plazas desiertas y las frías galerías de los palacios, unirá el nombre de Edipo a su canto vespertino, gema engastada en el collar de las letanías. Se irá la muchedumbre, se irán las tropas. Ya se ha ido el sol.

Quedan Eteocles y Polinicio. Los cuerpos yertos entre la grama hollada y la tierra desgajada. Se acerca Antígona, solitaria en lo oscuro de la noche. Tal vez se acuerde de mí, tal vez se acuerde de lo que pudo ser. Vacila un instante al pensar en mí, justamente en mí, en Edipo: su padre y su hermano.

¡Es mi voz, Antígona, la que en ti se ríe!

¡Antígona, para que todo se cumpla hasta el final, hasta el último límite; para que todo se cumpla y sea justo, y no haya ningún silencio, sino este tumulto que brota del caos!

¿Para que todo se cumpla, Antígona, o para ayudar a los dioses a nacer?

* * *

Ya va llegando el momento. Quisiera gozar de un poco de tranquilidad. A cada instante alguno de los personajes se avanza, habla, se retira. La acción se precipita. Estoy solo. A pesar de todo, ellos siguen hablando y yo sigo contestando. Están esperando algo, pero he perdido el hilo. Quisiera hablar con Antígona por última vez.

Me doy cuenta de que nunca he hablado con ella. ¿No me hubiera comprendido? ¿Por qué no haber tratado de hablar con ella siquiera una vez? Tal vez estemos aún a tiempo. Todo esto es un juego y soy el único que lo sabe. Los demás no pueden o no quieren saberlo. Pronto vendrá la muerte, mas aún habrá que cargar con el cadáver.

«¿Tan seguro estás de lo que eres, Edipo? ¿Y quién eres, Edipo?»

Un terrible resplandor oblicuo te ilumina. Todo estaba decidido, previsto, dispuesto, y tu otra cara había de pertenecer a la sombra. ¿No es ésta la que te habla, Edipo? Soy el más ciego de todos en lo hondo de mi tierra. Tropezando de continuo contra este personaje, que (lo sé sin poder comprenderlo) nada tiene que ver conmigo. La sombra contenía un deseo; pero la luz era la luz, no podía ser sino la luz.

¿Qué piden los dioses?

Mi razón enloquece con esta pregunta. Sin duda, se contentarán con coger sin pedir. Queda la posibilidad de la fe.

¡Ay, dioses!, si se hubiese quebrado el destino (cosa que he tratado, aunque flojamente, de conseguir), hubiera depositado en vosotros toda mi confianza. ¿Por qué os la negaría ahora? ¿Porque soy el único que no comprende? Antígona sabe cuál es su respuesta, cuál es su destino, que está en vosotros (que quiere ser vosotros). La realización exacta de todo.

Estoy solo. Solo con estos ojos que no puedo saltarme por segunda vez.

* * *

El reflejo de los antiguos resplandores se esfuma al terminar el día. Espero tu llegada, Creón, para que las cosas se cumplan. Para abandonar, como actor que termina su papel, estas voces, estos gestos, que ya nada tienen que ver conmigo.

De quién sería aquella voz—idea o sueño—que esta noche me llamó: ¡Edipo! ¡Edipo!, y a la que no contesté por no saber a quién llamaba.

Si se lo contase a Antígona, sé que se erguiría en un rincón de la choza, rígida, con la cabeza ligeramente inclinada hacia delante, las manos crispadas, esperando para gritar: «¿Cómo, usted también?»

Por eso me necesitas todavía, Antígona. Necesitas que siga siendo Edipo para ti hasta el final. Es algo que todavía te puedo conceder: seguir siendo Edipo para ti, sólo para ti, hasta el final. Y dejarte la herencia de un nombre al que aferrarte. En medio de tus tinieblas. Quería hablar contigo, Antígona, pero ahora sé que es demasiado tarde. Sobre todo, sé que eres Antígona, que tal vez sea mejor no cambiar nada.

He pensado muchas veces en huir. Ir en busca de algo que fuera sólo mío. Abandonar de una vez a Edipo y dejar a Tebas a su historia, que me es indiferente: no creo en el santo nombre de la patria ni del deber. Demasiado sé (cuestión que otra Esfinge propone y modifica más hábilmente) lo que acarrearán esas palabras: vacío, imbecilidad, cobardía, interés, y ya he hecho la prueba de su abyección. Ahora sí que creo en los dioses. Tal vez porque ellos ya no creen en los hombres.

¿Dónde estáis? ¿Qué herencia nos habéis legado? ¿Por qué esto y por qué aquello? Insolentes preguntas. ¿Qué tendréis que ver vosotros con todo esto; vosotros, que sois proyección de nuestra conciencia, ávidos de conocer las incidencias del juego? Lo que estaba escrito, ¿por qué revelarlo si no nos dejabais una vía? La vía del deseo.

* * *

«Edipo, ¿estás dispuesto a seguirme?»

«Pierdes el tiempo, Creón. No debes esperar nada de mí.»

Silencio. Y luego:

«Edipo, no pronunciaré más que una palabra: Tebas.»

Lo sentía muy erguido, imbuido de su deber, con los ojos entornados para darse importancia. Y me reí. Él ha proferido un sonido extraño, de entre labios y garganta, y yo sin poder contener la risa.

«Muy bien. Ya que te parece tan divertido, no tengo más que añadir. Sólo que tengo que cumplir con mi deber, Edipo; ese deber que no me da risa y que considero como una obligación sagrada. Edipo: ¡Tu patria te necesita! ¿Te niegas? A pesar tuyo, la servirás.»

Otro silencio.

«Edipo, ¿me has oído?»

Creo que fue entonces cuando me puse a pensar en aquella mañana en que caminaba por la colina, siguiendo sencillamente la colina, en que mi deseo era la colina y el cielo y el mar próximos eran la colina. El azul, el ocre, se extendían más y más a medida que avanzaba mi

deseo. Ilimitado. Sí, creo que me puse a pensar en eso y le tiré en plena cara este banquillo. Se fue sin decir nada. Yo prorrumpí, devorado por la ira:

«¡Muera Tebas! ¡Mueran todas las Tebas!»

Ladrando a la escolta en fuga, como un perro.

* * *

Esta noche he tenido un sueño. Me encontraba en una ciudad desconocida, en una época desconocida. Desempeñaba un pequeño oficio, no sé cuál, pero insignificante, entre la muchedumbre. Andaba por una avenida entre multitud de hombres y mujeres paseando. De repente, se abrió paso un hombrecillo y plantándose delante de mí se echó a gritar: «¡Es él, es él, seguro que es él!»

Algunas personas se acercaron. Quise apartarme de él, pero me cogió del brazo y me dijo muy de prisa, en un murmullo: «Dígales algo, cualquier cosa. ¡Les daría tanto gusto!»

Los otros empezaban también a gritar: «¡Es él, es él. Vengan a verlo!»

«Dígales algo, cualquier cosa—repetía el hombrecillo—, por caridad, por compasión. Si es que tiene fe.»

Para salir del paso, sólo se me ocurrió decir: «Buenas noches». Se oyó un: «¡Ah!», y algunos aplausos. El hombrecillo correteaba por todos lados, exclamando: «¡Qué actor! ¡Qué maravilloso actor!»

Formaban coro; algunos tocaban mis ropas, otros sonreían. Otros gritaban: «¡Diga algo más!»

Por fin traté de liberarme diciendo a los que estaban más cerca de mí:

«Yo no soy el Rey. Sólo soy Edipo.»

Todos se echaron a reír: «Qué bien lo hace—decían—, con qué naturalidad».

¡Qué absurdo!

* * *

Se ha presentado un oficial de Creón preguntando por mí. He consentido atenderlo por curiosidad.

«¿Se acuerda de mí? Yo era niño todavía cuando usted era Rey.»

No me acordaba, pero dije que sí para darle gusto.

«Tebas lo necesita, y el otro día, Creón...»

«Ya sé lo que vas a decir: Tebas necesita mi cadáver. Calcas ha vuelto a hablar. Mejor sería que callase. Lo sé tanto como tú. Poco me importa Tebas.»

«Así favorece a nuestros enemigos.»

«No lo son todavía. Además, traten de evitar que lo sean.»

«Lo serán por su culpa. ¿Por qué se empeña en vengarse sobre el pueblo de una afrenta hecha por Creón?»

«Ni vengarme de Creón ni vengarme sobre el pueblo. Esas cosas ya no tienen nada que ver conmigo.»

«Usted es Edipo.»

«Soy Yo. Y esto me basta.»

«Y Tebas, ¿qué?...»

No saben decir otra palabra: Tebas, Tebas, Tebas. La patria y el deber. El deber y la patria. Se valen de lo que sea para llegar a sus fines. Van a provocar la guerra y ellos lo habrán querido. ¿Cómo explicar todo eso a un joven oficial, al que yo mismo ascendí?

* * *

Ya va llegando el momento. Creón ha tratado de prenderme. Luego de prender a Antígona. Ismena se ha ido. Polinico y Eteocles están dispuestos a matarse. Creón conservará su dignidad. Antígona tendrá que morir.

A los vientos esparcido, el nombre de Edipo servirá de comentario de morales estrechas. ¡Qué vida más bien empleada!

* * *

Ya no tengo nada que decir.

Lo que pudo ser, no ha sido.

Lo que debía de ser, se ha cumplido.

No se ha probado nada. Sólo este torbellino: locura y pánico.

* * *

Algo se me olvidaba.

Aquellos amaneceres de mi juventud, en los resplandores del estío.

Tal vez entonces fuera posible fundirse con las cosas.

En cuanto a los hombres... ¡Buenas noches!

Antígona, quizá sepas algún día quién he sido.

Yo te amaba, Antígona; te amaba como el viento a través de las llanuras pedregosas; gracias a ti he conocido una esperanza infinita. Pero preferías llegar a la meta. Por ti, y por amor, me he arrastrado hasta ella.

* * *

*En mis tinieblas combaten los hombres.
Han apagado las llamas de la luz.
Entre guardias de piedra ha nacido una razón.*

* * *

El bicho que profiere principios ha salido de su gruta, bajo los videntes de la multitud. El orador ha unido su palabra a la voz de los perros.

* * *

Dioses que no sean los del tumulto.

* * *

*Del bicho,
de la sangre del bicho,
ha nacido
la Pregunta Respuesta
que implica.*

* * *

LUCES

Bevinco, 1954.

(Traducción del francés:
Raquel Thiercelin.)

JEAN THIERCELIN

84 Cadenet
SERRE (Francia)